

LIBROS

El teniente Mariano Constante

Llamo la atención sobre un libro excepcional que acaba de publicar la editorial Martínez Roca en su colección «Perfiles históricos». Por favor, mire en cuidadosamente los escaparates de las librerías, no se acobarden ante las toneladas de novedades desparpadas sobre los mostradores, si es preciso peléense con el librero y arranquen este libro de la rutina de las ventas. Llévenselo a casa con un excepcional cuidado, con un calor especial en las manos. Y cuando lo abran piensen que tienen ante sí algo más que literatura; un pedazo de vida, un pedazo de historia plasmada en las aventuras patéticas de un muchacho que a los dieciséis años se marchó de su pueblo de Huesca y ya no paró de luchar hasta que salió hecho un despojo humano del campo de exterminio de Mauthausen. Es posible que en muchas páginas de este libro se queden sin respiración y les sacuda una honda vergüenza ajena, la tentación del desprecio ante la miseria, la brutalidad del hombre. Es una manera de leerlo. Otra es comprender esa maravillosa aventura de supervivencia que vive un adolescente español en los frentes españoles, en los franceses, en el campo de exterminio nazi y luego, incluso después de la «liberación», luchando para que los aliados concedieran a los apátridas «rojos» españoles una dignidad que se habían ganado con su resistencia de colosos.

Nunca he compartido las frases-consigna con las que desde mi infancia trataron de inculcarme una mística de «lo

español». Una de aquellas frases era: «Ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en este mundo». Nunca he compartido esta frase, especialmente entre mil frases equivalentes. Pero ahora está surgiendo una literatura patética, lírica a veces, siempre emocionante, que obliga a reconsiderar la cosa. Ayer fue la lectura de *Los que sí hicimos la guerra*, de Pons Prades, o de *Quan eram capitans*, de Teresa Pamies, y hoy es este libro excepcional del teniente del ejército republicano Mariano Constante. Y de estos libros nace un inmenso orgullo por ser compatriota de estas gentes, de ese trasfondo de héroes que sólo tienen un pequeño monumento y ni siquiera en su patria: un pequeño monumento en el cementerio del padre Lachaise, en París, muy cerca de las taplas donde fueron fusilados los comuneros de París.

Mariano Constante ha encontrado un lenguaje impresionante por su funcionalidad, voluntariamente comedido, porque los hechos que cuenta ya son lo suficientemente desmesurados de por sí. Vemos escenarios muy pequeños, muy localizables de la guerra civil y de la lucha de los españoles contra la invasión alemana de Francia. Son escenarios hechos a la medida del narrador, que no cuenta más que lo que vio o lo que hizo. Y cuando penetra en aquella gigantesca catedral de la muerte que fue Mauthausen, la narración del teniente Constante sigue pegada a su piel, a sus gestos de muchacho condenado a los golpes y al hambre, a sus ojos de endurecido testigo de muertes ultrajantes y vidas ultrajadas. El narrador nos transmite además esa sensación de «sentirse español» en el seno de unas realidades hostiles contra lo español, realidades que acumulan prejuicios viejos y nuevos. Y nos transmite con una perfección asombrosa las palabras justas que expresan la alegría de la solidaridad entre las víctimas y la esperanza entre los supervi-

vientes. Cuando Mariano Constante es liberado definitivamente del campo de Mauthausen, no recibe una inmediata compasión entre los aliados, como la que recibieron los judíos liberados. Los aliados «occidentales» temían el pasado revolucionario de los rojos españoles, y los aliados soviéticos temían la contaminación nazi de aquellos inesperados supervivientes. Tal vez por eso, cuenta Constante con una especial emoción, el gesto de un comandante francés que en 1945 le licenció definitivamente en Agen:

«—Estamos a quince de julio de mil novecientos cuarenta y cinco. Si no me equivoco, hace nueve años que empecé para usted la brega. Desde entonces no ha concurrido más que combates, cárceles, campos de concentración. Y en mil novecientos treinta y seis sólo tenía dieciséis años...»

«En pocas palabras le conté lo que había sido mi vida. El comandante, muy ceremonioso, se levantó, se puso firmes, me hizo el saludo militar y alargándome su mano cogió la mía diciéndome:

«—Permítame que le estreche la mano, mi teniente.»

Hermosa, estupenda raza la de los hombres que consiguen reconocerse. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Aprendiendo a emigrar

En la semana del 12 al 18 de noviembre había en España 204.065 parados, según cifras oficiales... A la vista de ello no resulta descaminado el título del último libro de Víctor Canicio: *Pronto sabré emigrar* (Laia, 1974).

Canicio ha reunido aquí cuarenta apuntes breves, de dos páginas cada uno a lo sumo. Son como anotaciones, a veces casi un retrato al minuto, el simple fogonazo de un instante, de una situación, que ilumina la vida no divertida en exceso del emigrante. Un emigrante (el Triste, Duralita, el Sorbo, Abderramán, Monoceja, Felipe Segundo, el Culto...) que vive su tiempo libre entre el barracón («sobrio apartamento, sito en las afueras y en forma tradicional de tubo»), el Centro Español, donde es inevitable el cultivo del recuerdo («Desde las paredes del Centro, clásicos carteles a muchas tintas incitaban al proverbial turismo [...]. Debajo mismo del mapa político de España, Galeoto Bis escribía a casa») o la busca de una integración imposible («los domingos, en la barraca, hay quien se pone traje nuevo y corbata —de armadura— para lanzarse más protegido al medio ambiente

y terminar, aburrido, debajo de cualquier árbol, investigando en cuadrilla los alrededores»).

Estos microrrelatos del ocio triste y el trabajo en cadena (por la huida de otra cadena peor: la pobreza perpetua) están escritos en un estilo irónico y sarcástico («El Dudas comió queso en porciones y un trozo de pan que le restaba. Siempre ha sido en Europa lo elegante cenar frío»; «dejan entrar a todo quisque, aunque fuera rubio»). La ironía les salva de la caída en «lo social» y los deja en testimonios sociales. A veces el estilo recuerda el párrafo cortado de «Tirano Banderas» o las sentencias morales del señor Keutner... Un lenguaje a la vez culto y moteado de giros o modismos populares («un instante de respiro para escapar al miedo»; «la Policía incluso, morada de patricular»; «damas que cruzan luego con salero algún que otro emancipado remo», etcétera). En él se expresa a la vez el desecho y el miedo al retorno: el sentido de una cierta discriminación («nos falta todavía un 31 por 100 para poder considerarnos con propiedad los negros de Europa»); la vida en fin de esta diáspora dolorosa y casi ignorada, en la que el autor llama siempre Europa Opulenta («—¡La mayor riqueza de este país son sus hi-

jos!—, decía el señor presidente, por mor del cargo.—/Pues los tiene a muchos empeñados—, le comentó el Triste»).

Pronto sabré emigrar sigue en la tópicada de «Contamos contigo! *Krónicas de la emigración*, también publicada por Editorial Laia hace dos años (1). Víctor Canicio, nacido en Barcelona en 1937, emigró a los veintitrés años, después de cursar estudios de Medicina en la Universidad de Zaragoza. En la República Federal se ha diplomado en Lengua y Cultura alemana por la Universidad de Heidelberg, ciudad donde reside y donde profesa en la Escuela de Intérpretes. ■ VÍCTOR MARQUEZ REVI-RIEGO.

El fatal automatismo del escalafón

«Tenemos ante nosotros un genuino resorte de promoción social». René Kéning.

Carambolas (2) es un relato policíaco en el que el asesinato no se perpetra hasta muy tarde, justamente en la página 97, cuando faltan treinta y cuatro para que la novela concluya, con lo que queda, así, dividida en dos partes. En la primera, el lector asiste a las peripecias de un atribulado empleado al que la novia, por un lado, y la querida preñada, por otro, le colocan en el fastidioso brete de conseguir dinero como sea (pues opta por el oneroso horizonte de una apacible bigamia), acudiendo al escalafón como único medio, pero automático, de promoción en la empresa. Una vez en ello, la preocupación del asesino en potencia gira en torno de la elección de la víctima más apropiada para el más seguro y rentable de los movimientos, y, en segundo

(1) Sobre el tema de los emigrantes, ver notas de *Arte, Letras, Espectáculos* en números 631 y 634 de TRIUNFO.

(2) Carambolas, Fred Kassak. Ediciones Península en Serie Negra, número 52.

